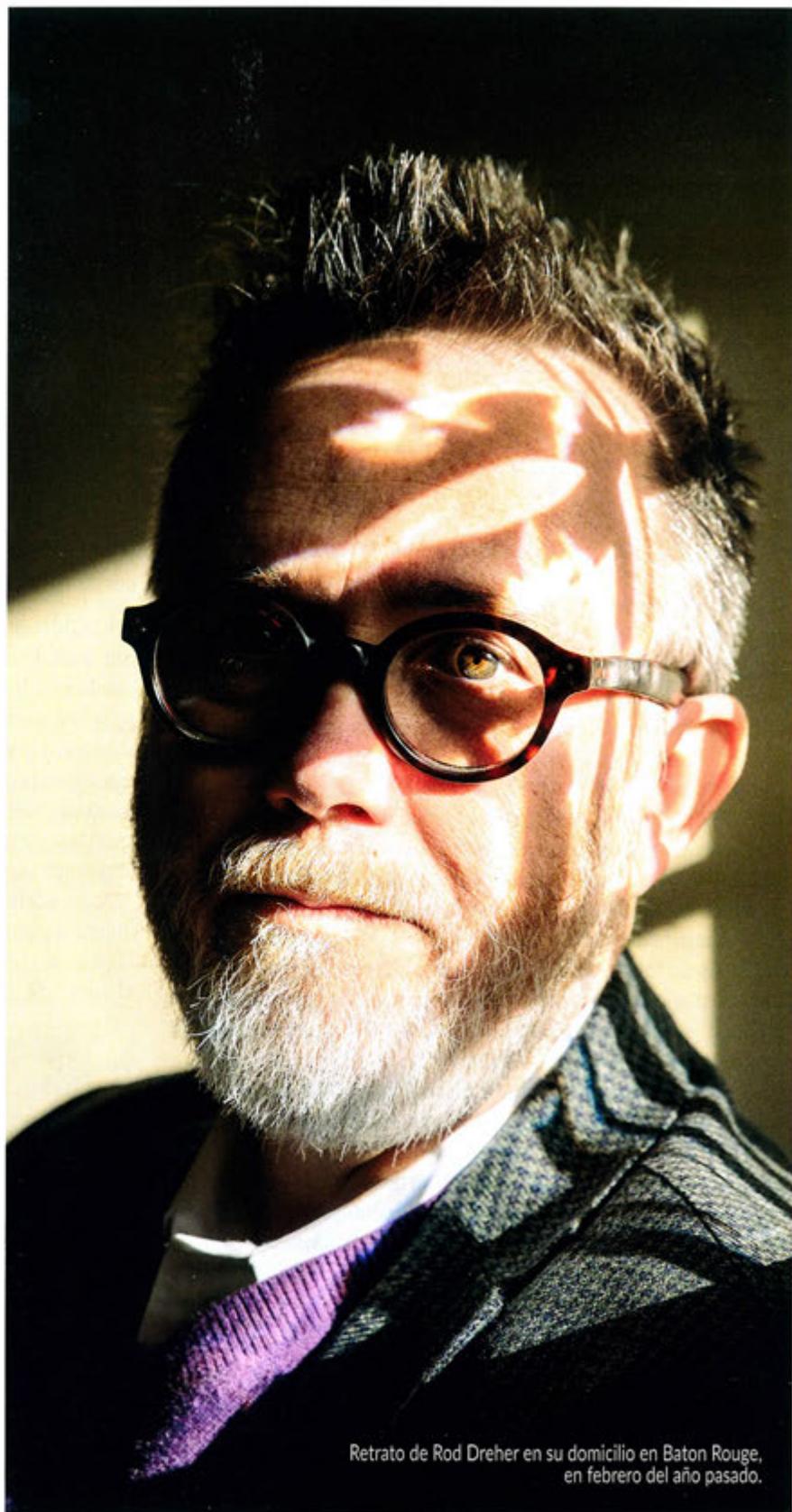


## El americano que pone el dedo en la llaga

**Entrevista con Rod Dreher, el autor de moda que alerta contra el totalitarismo silencioso actual**

Es uno de los críticos más audaces del conservadurismo americano, aunque su influencia desborda por completo a los Estados Unidos. A Rod Dreher le gusta España. La excusa del lanzamiento de su nueva obra ofrece una oportunidad de oro para charlar sobre la contienda ideológica que se libra estos días sobre nuestras cabezas.



Retrato de Rod Dreher en su domicilio en Baton Rouge, en febrero del año pasado.



Por Itxu Díaz

# S

us columnas son bofetadas de sentido común, su independencia es una forma como otra cualquiera de complicarse la vida, y su capacidad para ver lo que otros analistas no ven le convierte en el típico autor al que todos, amigos y enemigos, miran de reojo antes de posicionarse sobre algún asunto espinoso. De hecho, su especialidad son los asuntos espinosos. Cristiano, conservador, amigo de la tradición, y descreído de todo sectarismo, a menudo le temen por igual en las derechas que en las izquierdas.

A **Rod Dreher**, en España lo conocimos en 2018 por *La opción benedictina*, y su nuevo libro, *Vivir sin mentiras*, editado por Encuentro, y que se acaba de presentar en Madrid, está llamado a convertirse en referencia ineludible para el conservadurismo trasnacional.

## Peor que el comunismo

La tesis de **Dreher** es una gran denuncia: que el totalitarismo silencioso actual es peor que el antiguo comunismo soviético, porque no resulta tan evidente. “Por supuesto, es imposible comparar ambos en términos del daño realizado sobre seres humanos”, aclara, “pero la comparación se limita estrictamente a la percepción. Un sacerdote eslovaco lo expresó bien cuando dijo que, bajo el comunismo, el Evangelio brillaba con una luz clara que atravesaba

ba la oscuridad, pero en lo que tenemos ahora, la luz solo golpea la niebla. Es mucho más difícil para la gente percibir la naturaleza totalitaria de esta ideología emergente, porque a diferencia del comunismo, no busca forzar a la gente a través de la violencia; sus métodos son más suaves, pero igualmente totalitarios, porque no puedes disentir abiertamente de ninguna parte de esa ideología y al tiempo estar a salvo en tu trabajo o en cualquier otro aspecto de tu vida”.

## La sumisión ideológica

El autor salta de lo genérico a lo concreto. Quizá porque sabe que el único modo de hacerse entender es blandiendo retales de viva actualidad frente a los escépticos. “Suena un poco como una fantasía paranoica de la derecha”, bromea, “pero todo esto es cierto: se está adoctrinando a los niños en ideología de género y se les está enseñando a masturbarse en la escuela; la mayor empresa de cereales de Estados Unidos está promoviendo el Mes del Orgullo al publicar en la caja una invitación para que los niños inventen sus propios pronombres”.

Defiende el calificativo “totalitario” para la presión ideológica que sufrimos: “en su nivel más básico, una sociedad totalitaria es aquella en la que solo se permite una ideología política, y todo es político”, destacando que da igual que este precepto se haga cumplir con violencia o con “métodos blandos”, “como despedir a personas de sus trabajos, destruir su reputación y hacer que todos tengan miedo a disentir”. “En ambos casos”, insiste, “sigue sien-

do totalitarismo”.

Muy interesante resulta el matiz que introduce al analizar por qué tantas personas formadas terminan aceptando y asumiendo como propias ideas en las que no creen. “Este totalitarismo blando dificulta que la gente lo reconozca y se implementa siempre por el bien de la compasión. Se nos dice que si no aceptamos cualquier locura que exijan los ideólogos de género, las personas transgénero se suicidarán”.

No hace mucho tiempo –el propio **Benedicto XVI** lo denunció en múltiples ocasiones–, el peligro era la llamada dictadura del relativismo. Sin embargo, la ideología dominante hoy parece una sucesión de dogmas en los que no cabe laxitud alguna. **Rod Dreher** comparte el planteamiento, y lo razona por la lógica de la izquierda en el poder: “primero se presenta pidiendo tolerancia y diálogo y, después, cuando entra en las instituciones, anuncia que se acabó el diálogo y la tolerancia, porque no se puede dialogar ni tolerar el mal”.

Prosigue: “Por otra parte, la ideología *woke* –como se le llama en Estados Unidos– actúa como una religión fundamentalista. Al igual que en los totalitarismos del siglo XX, *woke* es una pseudoreligión política que da a sus seguidores lo que les falta: un sentido de solidaridad, de significado y de propósito. Les dice quién es bueno y quién es malo, y proporciona un medio a través del cual uno puede ser absuelto de un sentimiento de culpa. Tiene sus propios iconos, sus rituales, su lenguaje sagrado y sus santos (el mayor de los cuales es **George Floyd**)”.

“Lo que me fascina”, añade **Dreher**, “es lo universal que se ha vuelto esta

**“Puede que las familias no estén interesadas en la guerra cultural pero la guerra cultural sí está interesada en ellas”**

## EL PELIGROSO PODER DEL LENGUAJE

Uno de los aspectos sobresalientes de *Vivir sin mentiras* son las páginas dedicadas a explicar cómo el lenguaje se ha convertido en un arma importantísima en la batalla ideológica, porque "ayuda a definir la realidad". "Las palabras son para la realidad lo que el mapa es para el territorio", explica. "Sin embargo, para la izquierda posmoderna, el mapa es el territorio. Creen que pueden crear realidades cambiando las palabras que usamos para hablar de las cosas. Tienen razón a medias, en el sentido de que el lenguaje es la forma en que enmarcamos los conceptos en nuestra mente. Por eso están obsesionados con el lenguaje de género: están convencidos de que, si logran cambiar la forma en que hablamos, pueden cambiar la realidad del sexo. Es mentira, pero se hará mucho daño antes de que la gente deje de creer en la mentira". Todos conocemos ejemplos de cómo la imposición de un lenguaje políticamente correcto ha terminado por convertirse en un fenómeno transversal. De la

escuela a la iglesia, de la política a las redes sociales, la sutileza de las coletillas de género, los eufemismos, y demás aparentes nimiedades se han ido incorporando con asombrosa naturalidad. Rod Dreher sabe el inmenso error que se esconde en estas cesiones al absurdo, por más que sean bienintencionadas. "Controlar el lenguaje es una forma de controlar a las personas. Si aceptas la manipulación del lenguaje por parte de la izquierda, será más difícil encontrar una base sólida desde la cual resistir a su ideología. Orwell enseñó bien esta lección en 1984. Un profesor polaco al que entrevisté para mi libro me dijo que la gente de su generación, que creció bajo el comunismo, sabía muy bien cómo los comunistas manipulaban el lenguaje para controlarlos con mentiras. Ellos son inmunes a que los totalitarios blandos hagan lo mismo. Pero las generaciones poscomunistas no tienen esta experiencia. No han sido vacunados contra el virus de la manipulación del lenguaje". ●

nueva religión. He estado viviendo la pasada primavera y el verano en Budapest. El gobierno de la ciudad, de izquierdas, erigió una estatua de Black Lives Matter que fue coloreada con la bandera del arco iris, para promover la ideología LGBT. Un periodista preguntó al alcalde de ese distrito por qué estaban erigiendo una estatua BLM, dado que casi no hay negros en Hungría. Respondió que siempre debemos expresar nuestra solidaridad en la lucha contra el racismo. Es extraordinario ver a la izquierda europea absorber estas tóxicas ideas estadounidenses".

**"La izquierda en el poder, primero se presenta pidiendo tolerancia y diálogo y, después, cuando entra en las instituciones, anuncia que se acabó el diálogo y la tolerancia, porque no se puede dialogar ni tolerar el mal"**

"La mayoría de estos izquierdistas", añade, "son tontos de clase media que no tienen contacto con el mundo real fuera de sus círculos académicos privilegiados. Es la misma mentalidad que les permite considerar a una profesora lesbiana negra de Harvard como oprimida, y a un basurero blanco desempleado en Alabama como un opresor. Todo es abstracto para ellos".

**Desconcierto**

Con ánimo de molestarle un poco, expreso a **Rod Dreher** que en su nuevo

libro queda clarísimo dónde se sitúa la izquierda política, en qué cree, qué hace y qué podemos esperar de ellos. Sin embargo, sabemos muy poco de la derecha, y lo que es seguro es que no sabemos en qué cree. "Tienes razón", admite, "y esta es buena parte de nuestra crisis".

Denuncia el autor, refiriéndose a Estados Unidos pero fácilmente extrapolable, que la izquierda controla todo lo institucional y mediático. "La ideología *woke* conquistó primero la enseñanza, luego los medios de comunicación, y ahora sus tropas están marchando con éxito en las instituciones legales, la medicina, la ciencia, las corporaciones e incluso en las fuerzas armadas estadounidenses y la CIA. La derecha ha sido absolutamente ineficaz para detenerlos. En mi país, la derecha se satisface con disparates *performativos*. **Donald Trump** envía un tweet enfadado, o da un discurso incendiario, y eso deleita a sus seguidores. Mientras tanto, hace poco o nada para revertir los logros de la izquierda... y a nadie de la derecha le importa". "Si **Trump** hubiera tenido la disciplina y la inteligencia de **Viktor Orbán**, podríamos haber llegado a alguna parte", zanja.

**Conservadurismo**

De pronto, parece como si **Dreher** no estuviera satisfecho de su respuesta sobre dónde está el conservadurismo, y añade: "ya nadie sabe realmente lo que significa ser de derechas. Durante la era **Reagan**, que terminó con la elección de **Trump**, la gente de derecha creía ampliamente en el conservadurismo social, la política exterior dura y el libre mercado. Ahora todo eso se ha hecho añicos. Los fundamentalistas del libre mercado tienden a ser socialmente izquierdistas y ricos. La desastrosa guerra de Irak ha quebrado a los *halcones*, pero es difi-



Rod Dreher (segundo empezando por la derecha), en la presentación de su libro el 16 de junio en la Universidad Cardenal Herrera de Valencia.

cil para los estadounidenses de derecha dejar su actitud agresiva reflexiva, que confunden con patriotismo. El conservadurismo social está en fuerte declive”. “Confieso que a mí también me cuesta descifrar cuál es mi posición política”, admite. “América se parece cada vez más a España a principios de los años treinta. No me gustan muchas cosas de la derecha trumpista, pero al menos no atacan iglesias, escuelas religiosas y otras instituciones que me importan. Soy básicamente un liberal de derecha que ha perdido la fe en el liberalismo, porque no ha podido defendernos de la izquierda radical. ¿Tenemos que recurrir a la política antiliberal para defender nuestra civilización y nuestras libertades? Si es así, ¿qué significa eso? ¿Hasta dónde podemos llegar?”  
 Continúa **Dreher**: “Le daré un ejemplo.

Hace poco, en Hungría, el gobierno de **Orban** retiró la financiación y la acreditación de los programas de estudios de género en las universidades. Hace diez años, no estaría de acuerdo con esto. Aunque detesto los estudios de género y los considero absurdos, no me gusta la injerencia del Estado en las universidades. Pero hoy, habiendo visto cuánto daño han hecho y siguen haciendo estos

ideólogos de género, apoyo plenamente lo que ha hecho **Orban**. El liberalismo no puede ser un pacto suicida de civilizaciones”.

### Los peligros de la compasión

Ahora que **Rod Dreher** menciona la universidad, no podemos obviar que el acelerado cambio ideológico que esta-

### EL AUTOR DE "LA OPCIÓN BENEDICTINA"

Ray Oliver «Rod» Dreher (Baton Rouge, Louisiana, 1967) es un escritor y periodista norteamericano. Ha sido corresponsal del *New York Post* y en la actualidad es editor y bloguero de *The American Conservative*. Ha sido comentarista en numerosas radios y televisiones norteamericanas.

Crecido en una familia metodista, se convirtió al catolicismo en 1993 para, posteriormente, adherirse en 2006 a la Iglesia ortodoxa oriental. Su anterior libro, *La opción benedictina* (Encuentro, 2018) ha tenido una influencia decisiva en el debate intelectual cristiano en los últimos años.

## “Se está adoctrinando a los niños en ideología de género; la mayor empresa de cereales de Estados Unidos está promoviendo el Mes del Orgullo al publicar en la caja una invitación para que los niños inventen sus propios pronombres”.

mos viviendo es posible, en buena parte, gracias a la complicidad en las aulas. La teoría del autor de *Vivir sin mentiras* es que esta hegemonía ideológica en la educación tiene mucho que ver con el tipo de persona que quiere dedicarse a la enseñanza. Considera que, especialmente en los niveles preuniversitarios, es un buen ejemplo de “profesión solidaria”. “Mi esposa es profesora”, cuenta. “Los maestros en Estados Unidos no ganan mucho dinero y no es un trabajo de alto status. Muchos lo hacen porque aman a los niños y sienten un fuerte deseo de cuidarlos. Pero precisamente por eso son muy vulnerables a ideologías que afirman estar basadas en la compasión y el cariño”.

Y de nuevo, viaja de lo abstracto a lo concreto, retomando un ejemplo de hace un par de décadas: “Los activistas LGBT lanzaron una campaña para introducir su ideología en las escuelas bajo el disfraz de la lucha contra el *bullying*. Todas las personas decentes están en contra del acoso escolar, por supuesto, pero la forma de luchar contra el acoso es... luchar contra el acoso. No es necesario enseñar la ideología LGBT para enseñar a respetar a los demás. Esta fue una estrategia brillante por parte de los activistas, porque hicieron parecer que cualquiera que se opusiera a este programa estaba a favor del *bullying*. Los maestros y administradores se alinearon fácilmente”.

Quizá por eso explica el autor que Estados Unidos, y esto resulta familiar también en España, que “muchas escuelas tienen directrices oficiales para ayudar a los niños que dicen ser transgénero a

hacer el cambio a su género preferido y, no estoy bromeando, mantener el secreto oculto a los padres. Todo por el bien de la *compasión*”. “No hay nada que no puedas justificar con los maestros mientras lo cubras con el lenguaje de la *compasión*”.

### El caso de Jordan Peterson

Para quien no hay compasión, sin embargo, es para el disidente. Un buen ejemplo lo encontramos en el caso de **Jordan Peterson**, el escritor canadiense y profesor de Psicología en la Universidad de Toronto que en 2016 se plantó ante la intención del gobierno de Ontario de aprobar una ley que declarase delito de odio no utilizar el pronombre inventado para referirse a los que no se sienten cómodos con el masculino y femenino. **Peterson**, que tan solo se oponía a que tal cosa fuera obligatoria por ley, grabó entonces un video en YouTube que cambió su vida: “Un profesor contra la corrección política”.

El resto es conocido: manifestaciones y boicots de estudiantes, amenazas de su propia universidad, y su presencia quedó vetada en escuelas universitarias de un montón de países. Es cierto que, lejos de echarse atrás, construyó un discurso de alcance internacional y se convirtió en un personaje popular, tan amado

como odiado, en países como Estados Unidos o España. Pero la resaca de la guerra en solitario es larga. La brutal campaña que las izquierdas vertieron contra él terminó pasándole factura y tuvo que ausentarse del foco por graves problemas de salud, de los que se ha recuperado, aunque su voz ha perdido la viveza de antes.

Le pregunto a **Rod Dreher** si perder la vida en batallas como la de **Jordan Peterson** tiene sentido. “Por supuesto”, responde, “¿cuál es la alternativa? ¿Vivir como esclavos?”. De nuevo, matiza al instante: “Sin embargo, no podemos hacerlo solos. Es el momento de encontrarnos, formar grupos y luchar. No podemos esperar al liderazgo; nuestras élites han perdido el valor. Depende de nosotros”.

**Rod Dreher** es respetuoso pero implacable con los propios. Relata decenas de anécdotas que ha vivido en primera persona tratando de dar sus charlas en colegios católicos americanos, o conversaciones desalentadoras con cristianos influyentes, laicos y sacerdotes, que renuncian a formar a los suyos, a darles elementos de juicio suficientes como para proteger su fe de las ideologías dominantes, en una suerte de obsesión por huir del conflicto. “La ingenuidad y el sentimentalismo son un gran problema para el clero”, afirma.

### La solución está en casa

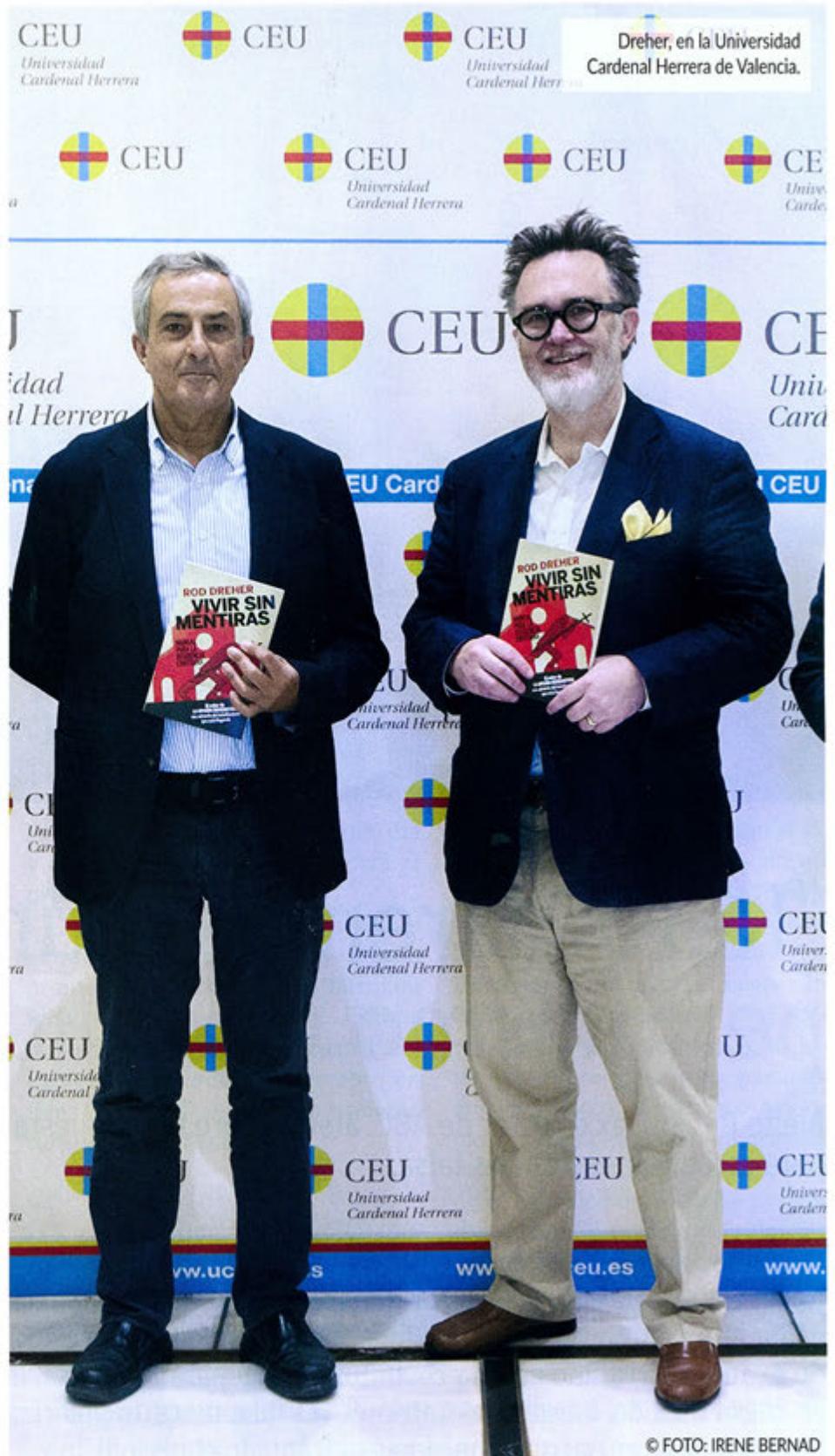
Lo cierto es que esconderse no evita el problema. Qué hacer, es la gran pregunta. **Dreher** descarta, por ejemplo, el boicot a las grandes corporaciones que defienden ideologías dañinas contra la familia o la fe. Recurre al ejemplo de

**La tesis de Dreher es una gran denuncia: que el totalitarismo silencioso actual es peor que el antiguo comunismo soviético, porque no resulta tan evidente**

Amazon, la tienda digital de la que tanta gente se ha vuelto dependiente especialmente tras la pandemia, y que hace unos meses anunció que vetaría cualquier libro que insinúe que las personas transgénero tienen alguna enfermedad mental. Como muestra, prohibió un libro, "sobrio y serio", del intelectual católico **Ryan T. Anderson**. "De modo que, utilizando un método legal, ahora Amazon censura libros que critican las teorías transgénero: ¿de qué serviría un boicot en este caso?".

Por otra parte, hay quien exige más heroísmo y compromiso ideológico a las familias, pero también es justo admitir que muchas tienen bastante con sobrevivir a sus propias dificultades. También aquí **Dreher** se muestra tan empático como implacable: "¿Cuál es la alternativa? Lo que sucede afuera amenaza directamente a la familia". Menciona el ejemplo del programa infantil de la televisión americana *Blue's Clues*, en donde hace poco un *dragqueen* adoctrinó a los niños en materia de diversidad sexual, y les puso a cantar una canción de exaltación. "Millones y millones de niños de preescolar en Estados Unidos ven este programa, que propaga una ideología anti familia", dice, antes de acuñar otra de sus frases lapidarias: "es posible que las familias no estén interesadas en la guerra cultural, pero la guerra cultural está interesada en ellas". "Todos estamos cansados y desmoralizados" añade, "pero si renunciamos a la lucha en el único lugar que podemos controlar, en el hogar, en nuestras familias, entonces todo está perdido".

"Uno de los mayores problemas que tenemos es que la batalla es tan inmensa y complicada que los padres simplemente se rinden", menciona en su última arenga a los padres. "¿No podemos hacer esto! Tenemos la responsabilidad sagrada de luchar por nuestras familias hasta el final. Es difícil, lo sé. Tengo tres hijos. Es duro. Pero, ¿Qué más podemos hacer?". ■



© FOTO: IRENE BERNAD